

Clara Usón

Las fieras





Seix Barral Biblioteca Breve

Clara Usón

Las fieras

© Clara Usón, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-322-4362-2

Depósito legal: B. 5.222-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

Esto es lo que me contaron. Una tarde de septiembre del año 1985 un hombre fue tiroteado en el umbral de su casa, en una ciudad de Bizkaia. Su hijo, de diez años de edad, también resultó herido y murió en el hospital dos días después, sin haber recuperado el conocimiento. La mujer del difunto, y madre del niño, los encontró al regresar del supermercado; el hombre caído de bruces sobre un charco de sangre en el zaguán, frente a la puerta de entrada; a pocos metros el niño, tendido de espaldas. El hombre presentaba seis impactos de bala, dos de ellos mortales; tenía la cara completamente desfigurada. Al niño le alcanzó una única bala en la frente. La mujer sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser hospitalizada. No supo, no le dijeron, que su hijo había fallecido hasta al cabo de una semana. El niño agonizó, solo, durante cuarenta y ocho horas en la unidad de cuidados intensivos. La otra

hija del matrimonio se hallaba en el extranjero cuando sucedieron los hechos.

La noticia, en estos términos y con expresiones casi idénticas, fue publicada en la prensa nacional y, con un poco más de detalle, en la prensa local de la época, en la que, por ejemplo, se recogía la supuesta condición de policía del hombre fallecido, desmentida por una fuente de la propia Policía Nacional, que matizó que la víctima del atentado ya no formaba parte del cuerpo. Un medio de la izquierda *abertzale* especuló con la supuesta vinculación a los GAL del hombre asesinado. Otros le atribuyeron simpatías ultraderechistas. En todo caso, la cobertura fue escueta y el atentado no mereció la primera página de ninguna publicación escrita. ETA mataba a menudo por aquellas fechas y muertos más importantes, o más numerosos, captaron la atención de los reporteros. ETA nunca reivindicó el atentado, cuyo ejecutor, o ejecutores, no han sido identificados.

Un transeúnte, que circulaba por la calle del inmueble en el que se cometieron los asesinatos, dijo haber visto a dos jóvenes, un varón y una mujer, las cabezas cubiertas con pasamontañas y cascos, que salieron a la carrera del edificio y se montaron en una Vespa, con la que se alejaron muy deprisa. Se da la circunstancia de que el testigo era amigo del hombre fallecido. Una vecina de las víctimas declaró a la policía que oyó voces masculinas que discutían a gritos, procedentes del apartamen-

to contiguo, y a continuación detonaciones de arma de fuego, cuatro o cinco disparos por lo menos. No vio nada. No salió al rellano para averiguar qué había pasado por precaución, no fuera a ser que por meter las narices en casa ajena le llegara una bala perdida. Lo que hizo fue llamar a la policía, que por desgracia llegó al lugar más tarde que la mujer de la víctima, cuyos alaridos alertaron a todo el vecindario. Era una familia conflictiva, el hombre y la mujer tenían unas discusiones terribles, a menudo de madrugada. El hombre tenía mal carácter, era un chulo y un maleducado. Eso no se lo dijo la vecina a la prensa ni a la policía, pero lo sabía todo el edificio. El niño, cuando fue asesinado, iba descalzo, llevaba unos pantalones blancos de judo y el torso desnudo. La mujer murió de pena al cabo de tres meses, una forma amable de decir que se quitó la vida. Esto lo sé porque yo conocía a la familia.

La prosa burocrática de las páginas de sucesos —el fallecido, la víctima, los impactos de bala, las declaraciones de los testigos, el lugar de los hechos— sirve para despachar con eficacia y en pocas líneas una tragedia que, por el efecto deshumanizador de la jerga periodística, deja de serlo para transformarse en una noticia más, que mañana será antigua. Cuando conoces a las personas a las que se refiere esa noticia —recuerdas el timbre de voz, su peculiar manera de reírse, sus debilidades, sus manías, cómo se sonrojaba el niño cuando le pillaban en falta, o, en el caso del hombre asesina-

do, la furia de sus ojos cuando se alteraba—, ese léxico aséptico, funcional, produce extrañeza, incredulidad y también pena, es como un entierro anticipado, antes de sepultar los cuerpos bajo tierra ya los han borrado del mundo con palabras. Y quizá porque en el año 1985 ETA mató a treinta y siete personas e hirió a muchas más, y la investigación a fondo de tantos atentados era tarea ímproba, o porque aquellas dos víctimas eran de poca monta, la indagación policial sobre los asesinatos fue superficial, perezosa; se limitó a la autopsia de los cadáveres, a la inspección forense del escenario de los crímenes y a la toma de declaraciones de un par de testigos, luego se dio carpetazo y el padre y el niño asesinados pasaron a engrosar la lista de más de trescientos presuntos crímenes de ETA no aclarados. En realidad, ni siquiera eso, las escasas evidencias de que disponía la policía no le permitieron concluir, sin lugar a duda, que la organización terrorista fuera la autora de los crímenes.

Yo no me explico tanta incuria, no hay peor ciego que el que no quiere ver, para mí está muy claro quién cometió ese atentado y no entiendo cómo la policía no siguió la pista de los dos jóvenes que, según el testigo presencial, huyeron en moto del lugar del crimen poco después del atentado. No hay que ser una investigadora avezada—no es mi caso, soy inspectora, pero de ascensores— para hallar paralelismos inquietantes con

otros asesinatos que un comando de ETA cometió en Guipúzcoa por aquellas fechas, basta con repasar la hemeroteca.

El día 16 de noviembre de 1984, Joseph Couchot, un empresario francés con antecedentes por contrabando, almorzaba en el restaurante Eguzkia de Irún, sentado a una mesa próxima a la puerta. A las 13.35 horas tres encapuchados, dos hombres y una mujer, irrumpieron en el local y le dispararon. Joseph Couchot cayó al suelo, donde fue rematado de un tiro en la cabeza. Los agresores escaparon en un Seat Ronda robado aquella mañana en Rentería, que apareció abandonado, dos horas más tarde, en una calle de esa misma ciudad, vacío pero no del todo: el propietario del coche fue hallado, atado y vivo, en el maletero.

Joseph Couchot había anunciado su asesinato. Las revistas *Tiempo*, *Enbata* y *Punto y Hora de Euskal Herria* lo habían vinculado con el grupo terrorista GAL; el día antes de su muerte, *Punto y Hora* publicó una réplica de Couchot en la que este negaba toda relación con los GAL y responsabilizaba al director de la revista de lo que le pudiera suceder. La muerte de Couchot fue reivindicada por ETA militar.

Tres meses después, el 26 de febrero de 1985, a las 20h de la tarde, el marinero Ángel Facal Soto comía un bocadillo a la puerta de un bar de Pasajes de San Pedro, junto a unos amigos. Una Vespa llegó de repente; tanto el piloto como su acompa-

ñante, una mujer, cubrían sus cabezas con cascos y llevaban pasamontañas. La mujer bajó de la moto, descerrajó un solo tiro mortal en la sien de Ángel Facal Soto, subió rauda a la Vespa y se dio a la huida con su compañero. ETA emitió una declaración en la que asumía el atentado como parte de su campaña contra el tráfico de drogas. El muerto, al parecer, era adicto a la heroína y, según rumores, trapicheaba con drogas.

El conductor de la Vespa era José Ángel Aguirre Aguirre, militante de ETA; su acompañante y ejecutora del asesinato era su entonces novia y compañera de militancia, Idoia López Riaño. Ambos eran muy jóvenes y hacían sus primeros pinitos como terroristas. Por aquella época, alternaban los asesinatos con los atracos de bancos a mano armada. La prensa los llamaba Bonnie and Clyde.

La policía conjeturó que al niño lo mataron por accidente; acababa de regresar de clase de judo y debía de estar desvistiéndose en su habitación, de ahí que fuera descalzo y medio desnudo. Al oír los gritos de los que habló la vecina o el ruido seco de las detonaciones, atravesó corriendo el pasillo y luego el comedor, hacia la entrada del piso; una bala dirigida a su padre le dio de lleno en la frente cuando se asomó al recibidor. Supongo que fue así, quiero pensar que fue así, que lo mataron por azar, que no vio a un hombre, o a una mujer, apuntándole a la cabeza con deliberación. Prefiero creer

que no se enteró, que el impacto de bala lo sorprendió en la carrera y no tuvo tiempo de ver a su padre desplomado en el suelo, ni a unos encapuchados con revólveres en la mano, que no llegó a saber que le habían disparado y que iba a morir con solo diez años. Me he preguntado muchas veces por qué salió de su cuarto al oír el alboroto, qué le movió a acudir corriendo al zaguán. No era un niño arrojado, ni temerario, todo lo contrario, era retraído, tímido, medroso, ni siquiera le gustaba el judo, que practicaba por obligación. Tuvo que ser así: alguien llamó al timbre, el hombre abrió y se encontró con dos o tres encapuchados —una mujer y uno o dos hombres—, armados con sendos revólveres Browning, que le dispararon, y cuando sonaban los últimos tiros apareció el niño, alertado. Pero hay detalles que me desconciertan: las voces airadas que dijo escuchar la vecina, que el hombre abriera la puerta a desconocidos. ETA no solía dar explicaciones a sus víctimas, las mataba sin más. Y el hombre tenía motivo para ser cauto y solía tomar precauciones, no me cabe en la cabeza que abriera la puerta de su casa sin cerciorarse de quién se hallaba al otro lado.

Puede que la vecina se inventara el griterío que precedió al crimen, era una mujer fantasiosa, una lianta, una cotilla, y cabe suponer que los asesinos no se presentaron como tales, sino como operarios de la luz o del gas o como policías incluso, tenía que haber entrado en sus cálculos que la gente no

suele abrir la puerta a desconocidos y aún menos en el País Vasco en aquella época.

José Ángel Aguirre Aguirre e Idoia López Riaño formaban parte del comando Oker, un comando «legal» de ETA, es decir, no fichado por la policía, que fue desarticulado en octubre de 1985, tras haber participado en, al menos, treinta y un atentados terroristas, entre ellos los asesinatos de Ángel Facal Soto, Joseph Couchot y el policía nacional Máximo Antonio García Kleiner. También se les atribuye el incendio de la empresa aceitera Koipe, que supuso pérdidas de mil millones de pesetas, y múltiples atracos a bancos y cajas de ahorros de la zona. Un robo a mano armada en una entidad bancaria de Rentería llevaría a su detención; los terroristas cometieron la torpeza de utilizar para el atraco un vehículo propiedad de José Ángel Aguirre Aguirre. El comando Oker contaba con una extensa red de colaboradores y cuatro integrantes: José Ángel Aguirre Aguirre, Ramon Zapirain Tellechea, que fueron detenidos por la policía, y Arturo Cubillas Fontán e Idoia López Riaño, quienes lograron huir. En la noticia publicada el 23 de octubre de 1985, en *El País*, se les atribuye el propósito de atentar contra el ministro del Interior, José Barrionuevo, con ocasión de alguna de sus regulares visitas al País Vasco para asistir a los funerales de las víctimas de ETA.

Había tres hombres y una mujer en el comando Oker y quien con el tiempo destacaría más,

hasta alcanzar una fama siniestra, sería la mujer, Idoia López Riaño, conocida como la Tigresa. Y esto es lo que me cuesta concebir, que una muchacha de apenas veinte años, de clase trabajadora, hija de inmigrantes, se adhiriera con tal entusiasmo a una causa que hubiera debido resultarle ajena, la del nacionalismo vasco. En cierto sentido, Idoia López Riaño me recuerda a Torquemada, el inquisidor descendiente de judíos conversos que no cejó hasta lograr la expulsión de los suyos.

«El nacionalismo es el opio del pueblo», les decía yo a mis alumnos —antes de ser inspectora de ascensores fui profesora de Historia—, «el nacionalismo es por definición excluyente, xenóforo, producto de un delirio colectivo, de un mal-sano orgullo geográfico y de un odio feroz al otro, el enemigo. ¿Qué mérito tiene haber nacido aquí o allá?», preguntaba, retóricamente, a mis pupilos. «Es puro accidente. ¿Cómo puede determinar la identidad de nadie? El Estado nación es un invento infame, fruto de las divagaciones de algunos filósofos alemanes, y el *Volksgeist*, el supuesto espíritu del pueblo, una sandez muy peligrosa en la que creían Hitler, Mussolini, Franco y todos los fascistas que en el mundo han sido. No hay patria buena, la patria mata, espero que nunca se os pase por la cabeza morir por la patria», les advertía, les suplicaba, y terminaba citando al escritor inglés E. M. Forster, quien escribió: *Si tengo que elegir entre traicionar a mi país*

y traicionar a mi amigo, espero tener las agallas de traicionar a mi país.

Era como predicar en el desierto, mis alumnos eran adolescentes abúlicos que solo me prestaban interés y fijaban sus ojos en mí cuando sonaba el timbre que anunciaba el fin de la clase. Me corrijo, era mucho peor que predicar en el desierto, las dunas de arena no se escandalizan, ni incoan un expediente en contra, ni te expulsan por terrible que sea la monstruosidad que acabes de proferir, pero los padres de los alumnos abúlicos se soliviantaban por cualquier menudencia y el director del colegio no les iba a la zaga. Puede que fuera cierto, que mis arengas antipatrióticas fueran intempestivas y doctrinarias, pero también adoctrinan los libros de texto que evocan supuestos pasados gloriosos y victorias épicas. Me pone los pelos de punta el lema «Patria o muerte», quien está dispuesto a morir por la patria suele estarlo a matar por ella. Eso hizo Idoia. ¿Qué sé de ella?

Qué sabes tú de mí, María Ortega, no sabes nada; los tópicos que repiten los medios, que soy una psicópata, una mujer sanguinaria y calculadora, una vampiresa, seductora de policías, una traidora, una terrorista, aunque hasta ahora nadie me había comparado con Torquemada. Yo no maté a ese hombre ni a ese niño (yo nunca he matado a un niño), no tengo idea de quiénes eran. Estoy harta

de que me imputen muertos espurios, cualquier día me acusarán de haber matado a Kennedy. No soy una terrorista, defender a tu pueblo no es terrorismo. Yo nunca he matado de forma indiscriminada. Joseph Couchot sí era terrorista, un terrorista de Estado, un miembro de los GAL, un mercenario del Gobierno español que asesinaba a refugiados vascos en Iparralde, a abertzales inocentes, y a otros que no eran abertzales, ni siquiera vascos... Nos declararon la guerra, una guerra muy sucia, y si ellos nos mataban a nosotros, no se nos puede reprochar que nos defendiéramos, matándolos a ellos. En cuanto a Ángel Facal, era un narcotraficante que secuestraba niños en el barrio de Txintxerpe y San Pedro, niños hijos de los marineros que iban a Terranova; les inyectaba heroína en las venas a la fuerza, ayudado de dos sicarios y a altas horas de la noche. Varias madres nos enviaron cartas pidiéndonos que hiciéramos algo y acabáramos con aquello. ETA tenía valores, al contrario que el Gobierno del Estado español, que buscaba drogar a los jóvenes vascos y regaba de heroína Euskal Herria para volver yonquis a los futuros gudaris. Yo lo maté para salvar la vida de la juventud de Euskal Herria. ¿Es eso ser terrorista?

Yo hice lo que hice movida por mis ideales, yo fui una adolescente idealista. A los quince años ya estaba metida en el ambiente abertzale, iba a las manifestaciones de las Gestoras Pro Amnistía con mi madre —que es muy de izquierdas, vengo de

una familia roja, rojísima—, y tenía mucha conciencia política, yo veía cómo el Estado español, y su policía, nos reprimían, nos encarcelaban, nos torturaban, nos mataban... Yo quería ser bombera, salvar vidas, pero me plantearon este dilema: ¿por qué conformarte con salvar unas pocas vidas cuando puedes salvar a un pueblo entero? Y me metí en ETA. Si me hubiera dedicado a divertirme, como hacían otras chicas de mi edad, mi vida hubiera sido más fácil, pero yo no quería una vida fácil, yo quería hacer la revolución: yo soñaba con una Euskal Herria independiente, socialista, justa, feminista, libre de la opresión del Estado español, y las revoluciones, María Ortega, siempre se han hecho con sangre, no repartiendo propaganda ni pegando carteles, por eso yo les dije: «quiero ser una gudari y unirme a la lucha armada», pero no me hacían caso y me daban más carteles, más propaganda, porque era mujer y joven. La lengua vasca es una lengua feminista, en euskera no hay géneros, pero los militantes de ETA y sus dirigentes de feministas no tenían nada, tardé bastante en darme cuenta, demasiado. De jovencita me jugaba la vida en las manifestaciones, quemando autobuses en La Alameda, cajeros de bancos, cabinas telefónicas, levantando barricadas, tirando piedras, cócteles molotov, enfrentándome a la txakurrada que me daba de hostias, ¡menudos golpes de porra!, y me asfixiaba con sus botes de humo, pero allí estaba yo, en primera fila, la única mujer, o casi, dando la cara.

Yo les quería demostrar a los de arriba, a los que mandan, que por ser mujer no era menos gudari y que ser de fuera no me hacía menos euskaltzale. Eso me daba un coraje tremendo, que me llamaran «koreana», «mantxurriana», «belarrinotx» («orejas pequeñas», hasta a mis orejas les ponían pegas), porque mi padre era de Salamanca y mi madre extremeña. ¡Yo nací en Donostia! Fue el amor lo que me impulsó a la lucha armada, el amor a los bosques, a los ríos, a las piedras, al mar bravo de Euskal Herria y a sus gentes nobles. ¿Cómo no va a formar parte de mi identidad el paisaje en el que crecí y que me hizo como soy? Yo amo a mi pueblo y a mi tierra con locura, pero todo hay que decirlo: hay vascos muy racistas, hay vascos muy machistas, y al cabo del tiempo he comprendido que Euskal Herria no me merecía. Yo hubiera querido ser Tania, la compañera del Che Guevara, nunca la mujer de Sabino Arana, un burgués retrógrado y racista. Eso fue entonces, ahora me digo: ¿por qué la compañera?, ¿por qué Tania? Yo tenía que haber aspirado a ser el Che Guevara.